

UNA HISTORIA DE
JACK REACHER

**LEE
CHILD**

**MORIR EN
EL INTENTO**



RBA

Título original: *Die Trying*

© Lee Child, 1998.

© de la traducción: V. M. García de Isusi, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO182

ISBN: 9788491870135

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

SI TUVIERA QUE ENUMERAR TODO AQUELLO EN LO QUE ME AYUDA,
ESTA DEDICATORIA SERÍA MÁS LARGA QUE LA PROPIA NOVELA.
ASÍ QUE ME LIMITARÉ A DECIR: PARA JANE, MI ESPOSA,
CON UN AGRADECIMIENTO MUY ESPECIAL.

1

Nathan Rubin murió porque adoptó una actitud desafiante. Pero no como cuando haces algo en una guerra que te vale una medalla, sino por la típica explosión de rabia que hace que te maten en mitad de la calle.

Había salido temprano de casa, como siempre hacía seis días a la semana, cincuenta semanas al año. Un desayuno prudente, apropiado para un hombre bajito con propensión a coger peso que pretendía mantenerse en forma a sus cuarenta y tantos. Un largo paseo por los pasillos alfombrados de la casa que tenía junto al lago, apropiada para una persona que ganaba mil dólares en cada uno de esos trescientos días que trabajaba al año. Pulsó el botón que abría la puerta del garaje con el pulgar y arrancó el silencioso motor de su caro sedán de importación con un giro de muñeca. Un CD en el reproductor, marcha atrás por el camino de gravilla por el que se accedía al garaje, un toque suave al freno, otro ligero a la palanca de cambios, un pequeño acelerón y el último trayecto corto de su vida había empezado. Seis cuarenta y nueve de la mañana. Lunes.

El único semáforo que tenía de camino al trabajo estaba verde, que fue, como quien dice, la causa inmediata de su

muerte. Porque implicó que, mientras aparcaba en la aislada parcela que había detrás del edificio en el que trabajaba, al preludio de la *Fuga en si menor* de Bach aún le quedaran treinta y ocho segundos. Permaneció sentado y lo escuchó hasta que el último acorde de órgano dejó de resonar y se hizo el silencio, lo que implicó que, al bajar del coche, los tres hombres ya estaban lo bastante cerca como para que él se diera cuenta de que el acercamiento tenía alguna intención. Así que se quedó observándolos. Ellos miraron para otro lado y cambiaron de dirección, los tres al mismo tiempo, como bailarines o soldados. Se volvió hacia su edificio. Empezó a caminar. Pero se detuvo. Miró atrás. Los tres hombres estaban alrededor de su coche. Intentando abrir las puertas.

—¡Eh! —les gritó.

El corto y universal sonido de la sorpresa, el enfado y el desafío. El típico sonido instintivo que un ciudadano serio pero ingenuo emite cuando algo no debería estar pasando. El típico sonido instintivo que hace que maten a un ciudadano serio pero ingenuo. Se dirigió de vuelta a su coche. Le superaban en número por tres a uno, pero tenía la razón, lo que hizo que se creciera y se sintiera confiado. Avanzaba a zancadas y se sentía furioso, en forma y convencido de que controlaba la situación.

Pero esas sensaciones eran ilusorias. Un tipo blando y de un barrio residencial como él jamás iba a controlar una situación así. Su buen estado de forma no era más que el típico tono saludable que consigues en el gimnasio. No

valía para nada. Sus tensos abdominales se hicieron añicos después del primer golpe, muy violento. Su cara se contrajo en una mueca mientras se inclinaba hacia delante y unos nudillos muy duros le hicieron puré los labios y le destrozaron los dientes. Unas manos rudas y unos brazos nervudos lo cogieron y lo levantaron del suelo como si no pesase nada. Le arrebataron las llaves y le pegaron una hostia en el oído. Se le llenó la boca de sangre. Lo tiraron al suelo y unas botas de suela gruesa le pisotearon la espalda. Luego, las tripas. Luego, la cabeza. Su vista se fundió a negro como una televisión durante una tormenta. El mundo, sencillamente, desapareció de su vista. Se colapsó, como una conexión telefónica que se va perdiendo, y balbuceó hasta quedarse en silencio.

Por eso murió, porque adoptó una actitud desafiante. Pero no murió en ese momento. Murió bastante más tarde, después de que ese segundo de valentía se convirtiera en largas horas de miserables boqueadas de miedo, y después de que esas largas horas de miserables boqueadas de miedo dieran paso a largos minutos de alaridos de pánico.

Jack Reacher, en cambio, seguía vivo porque era precavido. Y era precavido porque oía un eco de su pasado. Y no solo tenía muchísimo pasado, sino que el eco provenía de la peor de las partes de este.

Había servido durante trece años en el ejército y la única vez que le habían herido no había sido con una bala, sino con un fragmento de la mandíbula de un sargento del

Cuerpo de Marines. Reacher había estado destacado en Beirut, en el complejo estadounidense que había junto al aeropuerto. Un día, atacaron el complejo con un camión bomba. Reacher estaba en la verja de entrada. El sargento estaba cien metros más cerca de la explosión. El pedazo de la mandíbula fue lo único que quedó de él. El hueso impactó en Reacher a cien metros de distancia y se le metió en las tripas como una bala. El cirujano del ejército que lo remendó le explicó que había tenido suerte. Le dijo que una bala de verdad en las tripas le habría dolido mucho más. Ese era el eco que oía. Y le estaba prestando muchísima atención porque, trece años más tarde, le estaban apuntando con una pistola a su estómago. A unos cuatro centímetros.

La pistola era una nueve milímetros automática. Novísima. Aceitada. La sujetaban baja, a la altura de su antigua cicatriz. El tipo que la sujetaba tenía cara de saber, más o menos, lo que hacía. Tenía quitado el seguro. No se apreciaba temblor alguno en la punta del cañón. Ni tensión. El dedo del gatillo estaba listo para moverse. Reacher lo tenía claro, porque estaba concentrado en ese dedo.

Se encontraba al lado de una mujer. La sujetaba por el brazo. Nunca la había visto. Ella estaba mirando una nueve milímetros idéntica que también le apuntaba al estómago. El tipo que la apuntaba a ella estaba más tenso que el que le apuntaba a él. Parecía que estuviera intranquilo. Parecía que estuviera preocupado. Los nervios hacían que le temblara la pistola. Tenía las uñas mordidas. Un tipo

nervioso, asustadizo. Los cuatro estaban en la calle, tres de ellos quietos como estatuas y el cuarto cambiando despacio el peso de un pie al otro.

Estaban en Chicago. En el centro de la ciudad. En una acera transitada. Un lunes. El último día de junio. A plena luz del día, con el sol de verano luciendo con fuerza. La situación se había producido en un instante. Había sucedido de tal manera que coreografiarla habría sido imposible. Reacher iba por la calle, sin destino concreto, ni rápido, ni despacio. Estaba a punto de pasar por delante de la puerta de una tintorería. La puerta se había abierto justo a su paso y por ella había salido una vieja muleta de metal que había caído con un repiqueteo a la acera. Reacher había levantado la mirada y había visto una mujer en la puerta. Estaban a punto de caérsele las nueve bolsas de tintorería que llevaba en los brazos. Tendría unos treinta años, vestía ropa cara, era de piel oscura, atractiva, se la veía segura de sí misma. Alguna lesión tenía en la pierna. Alguna herida. Dada la postura tan extraña que tenía, era evidente que le dolía. Había mirado a Reacher con cara de «¿le importa?» y él le había devuelto una de «en absoluto», y había recogido la muleta. Le había cogido las nueve bolsas con una mano y le había tendido la muleta con la otra. Se había puesto las bolsas al hombro y había sentido que el colgador de las perchas de alambre le mordía el dedo. La mujer había plantado la muleta en la acera y había descansado el antebrazo en el reposacodos curvado. Reacher le había ofrecido el brazo. Ella había hecho una

pausa. A continuación, había asentido como si le diera vergüenza y él la había cogido del brazo y había esperado un instante. Se sentía útil, pero raro. Luego, habían girado al mismo tiempo para emprender la marcha. Reacher había supuesto que darían unos pasos juntos hasta que se sintiera segura. Luego, le soltaría el brazo y le devolvería las prendas. Pero se habían encontrado de bruces con los dos tipos de las nueve milímetros.

Los cuatro seguían allí, cara a cara en parejas. Como cuatro comensales en una mesa de cafetería demasiado pequeña para cuatro. Los tipos de las pistolas eran blancos, estaban bien alimentados, hasta cierto punto parecían militares, hasta cierto punto eran iguales. Estatura media, pelo corto y castaño. Manos grandes, musculosas. Caras grandes, obvias, con rasgos anodinos y rosados. Expresión tensa, mirada dura. El nervioso era un poco más bajo, como si gastara su energía en preocuparse. Ambos llevaban camisa de cuadros y cazadora de popelina. Estaban plantados allí, pegados. Reacher era mucho más alto que los otros tres. Podía ver a su alrededor, por encima de la cabeza de los demás. Estaba plantado allí, sorprendido, con las bolsas de la tintorería de la mujer al hombro. Ella se apoyaba en la muleta, observando, en silencio. Los dos hombres blancos les apuntaban. De cerca. Reacher tenía la sensación de que llevaban así mucho tiempo. Pero sabía que era una sensación engañosa. Lo más probable era que no hubiera pasado más de segundo y medio.

El que estaba delante de Reacher parecía el líder. El más

alto. El más calmado. Miró a Reacher y a la mujer, y señaló hacia el bordillo de la acera con el cañón de la automática.

—Al coche, puta —dijo—. Y tú, gilipollas.

Hablaba apremiándolos pero tranquilo. Con autoridad. Sin acento. «Puede que de California», pensó Reacher. Aparcado junto a la acera había un sedán. Un coche grande, negro, caro. El conductor se estaba estirando por entre los asientos delanteros para abrir la puerta de atrás. El que apuntaba a Reacher volvió a señalar con la pistola. Reacher no se movió. Miró a derecha e izquierda. Supuso que tenía segundo y medio para valorar la situación. Los dos de las nueve milímetros no le preocupaban mucho. Solo tenía una mano por culpa de las bolsas de la tintorería, pero no le pareció que fuera a suponerle problema alguno encargarse de ambos. Los problemas estaban a su lado y detrás de él. Miró el escaparate de la tintorería para utilizarlo de espejo. A unos veinte metros por detrás de él había un grupo compacto de personas cruzando apresuradas un paso de cebra. Un par de balas perdidas encontrarían un par de blancos. De eso no había duda. Ninguna. Ese era el problema que había detrás de él. El que estaba a su lado era la desconocida. No tenía ni idea de cuáles serían su capacidades. Desde luego, algo le pasaba en la pierna. Reaccionaría despacio. Se movería despacio. No era el momento para combatir. No en ese entorno, no con esa compañera.

El tipo del acento californiano cogió a Reacher por la muñeca, que tenía inmovilizada por el peso de las nueve

bolsas de ropa que se había echado a la espalda. Luego, tiró de él hacia el coche. El dedo del gatillo aún parecía estar listo para moverse. Reacher lo observaba por el rabillo del ojo. Soltó el brazo de la mujer. Fue hacia el sedán. Tiró las bolsas en el asiento de atrás y subió detrás de ellas. A la mujer la empujaron detrás de él. Luego, el tipo nervioso se subió con ellos y cerró la puerta de golpe. El líder se sentó delante, en el asiento del copiloto. Cerró con un portazo. El conductor metió primera y el automóvil se incorporó al tráfico despacio y en silencio.

La mujer resollaba de dolor y Reacher supuso que el tipo nervioso le estaba clavando la pistola en las costillas. El líder se había girado y tenía la mano de la pistola apoyada en el reposacabezas de cuero grueso. Apuntaba a Reacher al pecho. Era una Glock 17. Reacher lo sabía todo de aquella arma. Había sido él quien había evaluado el prototipo para su unidad. Fue la tarea sencilla que le asignaron durante el tiempo que había estado convaleciente después de lo de Beirut. La Glock era un arma pequeña y dura. Diecinueve centímetros desde el percutor a la boca. Lo suficientemente larga como para que fuera certera. Reacher había acertado con ella a cabezas de chinchetas a algo más de veinte metros. Y disparaba un proyectil decente. Balas de siete gramos casi a mil trescientos kilómetros por hora. Cargadores de diecisiete balas; de ahí su nombre. Y era ligera. Porque, a pesar de lo potente que era, solo pesaba unos novecientos gramos. Las

piezas importantes eran de acero. El resto, de plástico. Policarbonato negro, como en las cámaras fotográficas caras. Una maravilla.

Pero no le había gustado mucho. No para los requisitos especializados de su unidad. Había aconsejado que la rechazaran. Había preferido recomendar la Beretta 92F. La Beretta también era una nueve milímetros, pesaba unos doscientos veinticinco gramos más, medía dos centímetros y medio más y el cargador tenía dos balas menos. Pero su poder de parada era casi un diez por ciento mayor que el de la Glock. Y eso, para él, era importante. Además, no era de plástico. Reacher había elegido la Beretta. El comandante de su unidad se había mostrado de acuerdo con él, había hecho circular su informe y todo el ejército había corroborado su recomendación. Esa misma semana lo habían ascendido y le habían otorgado la Estrella de Plata y el Corazón Púrpura, el ejército había pedido Berettas a pesar de que fuera un arma más cara, de que la OTAN estuviera loca con la Glock, y de que Reacher no había sido sino una voz que no había tardado de salir de West Point. Luego, lo habían asignado a otro destino, hasta que acabó sirviendo por todo el mundo, y no había vuelto a ver una Glock 17. Hasta ese momento. Doce años después, estaba viendo una la hostia de bien.

Dejó de mirar la pistola y volvió a fijarse en el tipo que la empuñaba. Estaba bastante bronceado, tanto que la línea de crecimiento del cabello parecía de color blanco. Hacía poco que se había cortado el pelo. El conductor tenía la

frente amplia y resplandeciente, se estaba quedando calvo, tenía rasgos rosados y alegres, y esa sonrisa socarrona de quienes son más feos que Picio pero se creen guapísimos. Como los demás, llevaba una camisa comprada en una de esas cadenas de ropa barata y cazadora de popelina. También estaba delgado, como alimentado con grano. Con la misma confianza de creer dominar la situación, solo que acompañada por una ligera dificultad para respirar. Tres hombres, entre los treinta y los treinta y cinco, un líder, un seguidor convencido y otro nervioso. Todos ellos tensos pero con las ideas bien claras, llevando a cabo una especie de misión. Un rompecabezas. Reacher desvió la mirada de la firme Glock a los ojos del líder. El tipo negó con la cabeza.

—No digas nada, gilipollas. Como abras la boca te pego un tiro. Te lo aseguro. Si permaneces callado, puede que no te pase nada.

Le creyó. Tenía la mirada cruel y los labios fruncidos. Así que no dijo nada. Luego, el coche redujo la velocidad y se metió en una especie de patio de cemento lleno de baches. Rodeó, en dirección a la parte de atrás, lo que parecía una fábrica abandonada. Habían ido hacia el sur. Calculó que se encontraban a algo menos de ocho kilómetros al sur de la zona del Loop. El conductor paró el gran sedán dejando la puerta de atrás frente a la puerta trasera de una furgoneta pequeña y sin ventanas. La furgoneta era el único vehículo que había en el aparcamiento. Era una Ford Econoline blanca y sucia. No era vieja, pero le habían dado mucho

trote. En el lateral había llevado algo escrito. Lo habían tapado con pintura blanca, pero se notaba porque el blanco original había amarilleado. Reacher observó los alrededores. El aparcamiento estaba lleno de basura. Vio una lata de pintura tirada cerca de la furgoneta. Y una brocha. Allí no había nadie. El sitio estaba desierto. Si pretendía hacer algo, sabía que aquel era el momento y el lugar adecuados. Pero el cabecilla sonreía y se inclinó hacia los asientos de atrás. Cogió a Reacher por el cuello de la camisa con la mano izquierda y le metió la boca de la Glock en la oreja con la derecha.

—Quédate quieto, gilipollas.

El conductor se bajó del coche y lo rodeó por delante del capó. Sacó otras llaves del bolsillo y abrió las puertas de atrás de la furgoneta. Reacher se quedó quieto. Apuntar a una persona a la oreja con una pistola no es un movimiento especialmente inteligente. Si el tipo al que le apuntan gira de golpe la cabeza, la pistola sale de la oreja. Se arrastra por la frente del sujeto. Entonces, por rápido que uno sea apretando el gatillo, poco daño va a hacer. Puede que le haga un agujero en la oreja, en el pabellón externo, es muy probable que le reviente el tímpano. Pero no son heridas graves. Reacher invirtió un segundo en valorar los pros y los contras. Entonces, el tipo nervioso sacó a la mujer del coche a rastras y la apremió para que fuera hacia la puerta trasera de la furgoneta. La mujer bajó de un salto y recorrió la escasa distancia cojeando. De puerta a puerta. Reacher la observó por el rabillo del ojo. El que iba con ella

le quitó el bolso y lo lanzó al interior del coche. Cayó a los pies de Reacher. Hizo un fuerte ruido sordo sobre la gruesa alfombrilla. Un bolso grande, de cuero, caro, con algo que pesaba mucho en su interior. Algo de metal. Las mujeres solo pueden llevar en el bolso una cosa de metal que haga un ruido sordo como ese. Súbitamente interesado, volvió a fijarse en ella.

Estaba despatarrada en la parte trasera de la furgoneta. Impedida por la pierna. Entonces, el cabecilla tiró de Reacher por el asiento de cuero y se lo pasó al tipo nervioso. En cuanto la Glock salió de su oreja, otra arma igual se le pegó al costado. Tiraron de él por el suelo lleno de baches. Hacia la parte trasera de la furgoneta, con la mujer. El tipo nervioso los apuntó con la temblorosa Glock mientras el cabecilla buscaba la muleta por el sedán. Cuando la encontró, salió y la tiró al interior de la furgoneta. El golpe y los rebotes contra el lateral del vehículo produjeron un estruendoso ruido metálico. Las prendas de la tintorería se quedaron en el asiento de atrás del automóvil, junto con el bolso. Luego, el cabecilla sacó unas esposas del bolsillo de la cazadora. Cogió la muñeca derecha de la mujer y le puso una de las manillas. Tiró con brusquedad de ella y agarró la muñeca izquierda de Reacher, en la que cerró la segunda manilla. Agitó las esposas para comprobar que estaban bien cerradas. Cerró de golpe la puerta trasera izquierda de la furgoneta. Reacher se fijó en que el conductor estaba vaciando unas botellas de plástico en el sedán. Enseguida reconoció el

color pálido y el fuerte olor de la gasolina. Una botella en los asientos de atrás, otra en los de delante. Luego, el cabecilla cerró la puerta trasera derecha de la furgoneta. Lo último que vio Reacher antes de quedarse a oscuras fue al conductor, que se sacaba un librito de cerillas del bolsillo.

2

A dos mil setecientos cuarenta kilómetros de Chicago por carretera estaban preparando la habitación de invitados. En concreto, una habitación individual con un diseño atípico. Un diseño hecho por una persona meticulosa después de estudiar con mucho cuidado cómo quería que fuera. Un diseño en el que había varios elementos inusuales.

La habitación estaba diseñada con un propósito determinado y para un huésped determinado. La naturaleza del propósito y la identidad del huésped eran lo que había dictado aquellos elementos inusuales. La habitación la estaban construyendo en el segundo piso de un edificio que ya existía, antiguo. Habían elegido para ello una estancia esquinera. Que tenía varios ventanales en las dos paredes exteriores. Ventanales que daban al sur y al este. Los cristales los habían roto y los habían sustituido por gruesos tablones de contrachapado claveteados a los marcos de las ventanas. Por fuera, el contrachapado estaba pintado de blanco para que el color coincidiese con el del exterior del edificio. Por dentro, habían dejado los tablones al natural.

Habían arrancado el techo de la habitación esquinera. Se trataba de un edificio antiguo y el techo era de yeso.

Mientras lo quitaban, había caído una especie de ducha de polvo asfixiante. Ahora, se veían las vigas. El interior de las paredes también lo habían arrancado. Las paredes habían estado cubiertas con paneles de pino viejo pulidos a los que el paso de los años les había dado un tacto agradable. Todo eso había desaparecido. Ahora, quedaban expuestos el armazón del edificio y la vieja tela asfáltica que protegía del exterior. Habían arrancado la madera del suelo y, por debajo de las grandes vigas, se veía el polvoriento techo del piso de abajo. La estancia era un cascarón.

El viejo yeso del techo, los paneles de la pared y las tablas del suelo los habían tirado por las ventanas antes de clavar los tablones de contrachapado. Los dos hombres que se habían encargado de la labor de demolición habían hecho un gran montón de escombros y se habían acercado al edificio con la camioneta, marcha atrás, para cargarlos. Tenían la necesidad urgente de dejar el sitio de lo más limpio y pulcro posible. Era la primera vez que trabajaban para ese jefe y les había dejado caer que podría hacerles más encargos. Y, a decir verdad, con echar una ojeada a su alrededor quedaba claro que allí había mucho trabajo. Al menos, había que ser optimista. Era difícil encontrar contratos nuevos y el que los había contratado no se había mostrado preocupado por el precio. Ambos hombres sabían que causar una buena primera impresión era primordial para sus intereses a largo plazo. Estaban enfrascados subiendo a la camioneta los restos de yeso cuando apareció el jefe.

—¿Habéis acabado?

Era un hombre orondo —tan hinchado que daba miedo—, con la voz aguda y los pómulos enrojecidos y brillantes, a pesar de ser blanco como la leche. Se movía con agilidad y sin esfuerzo, como una persona que abultara la cuarta parte que él. Su aspecto general era el de una persona de la que la gente aparta la mirada y a quien responde con prisas.

—Estamos recogiendo. ¿Dónde tiramos los escombros?

—Yo os acompaño. Vais a tener que hacer dos viajes. Las tablas ponedlas por separado, ¿vale?

El trabajador que no había hablado asintió. Las tablas tenían una anchura de cuarenta y cinco centímetros, de cuando los leñadores podían elegir cualquier árbol que les viniera en gana. Bajo ningún concepto iba a permitir que se las llevaran en la camioneta con los demás escombros. Cuando acabaron de cargar todo el yeso, el jefe se apretó en la camioneta con ellos. Estaba tan gordo que apenas cabían. Luego señaló más allá del edificio antiguo.

—Ve hacia el norte. Algo más de kilómetro y medio.

La carretera salía del pueblo y ascendía por una colina con varias curvas empinadas y muy cerradas. El jefe señaló una especie de abertura en la roca.

—Allí. Al fondo del todo, ¿vale?

El hombre dio un pequeño paseo mientras los obreros descargaban la camioneta. Cuando acabaron, volvieron en dirección sur para cargar los antiguos tablones de pino. Pasaron de nuevo por la carretera empinada y llena de

curvas, descargaron las maderas y las apilaron con cuidado. Al finalizar su trabajo, el jefe salió de las sombras. Había estado esperándolos. Llevaba algo en la mano.

—Hemos acabado —dijo el único de los trabajadores que había hablado hasta el momento.

El empleador asintió.

—Estoy seguro de ello.

Levantó la mano. Empuñaba un arma. Una pistola automática negra de lo más corriente. Al hombre que hablaba le disparó en la cabeza. El estrépito del disparo fue ensordecedor. Sangre, hueso y sesos por todos lados. El miedo paralizó al hombre silencioso. Aunque, casi de inmediato, echó a correr. Se hizo a un lado, corriendo a la desesperada en busca de un sitio donde ponerse a cubierto. El jefe sonrió. Le gustaba que echaran a correr. Bajó su gordo brazo hasta describir un ángulo abierto. Disparó y alcanzó al corredor en la corva. Volvió a sonreír. Mucho mejor. Le gustaba que echaran a correr, pero le gustaba mucho más cuando se retorcían en el suelo. Se quedó un rato escuchando los chillidos del herido. Luego, se acercó tranquilamente a él y apuntó con cuidado. Le metió un balazo en la otra rodilla. Se quedó un rato mirando, tras lo que se cansó del juego. Se encogió de hombros y le pegó un tiro en la cabeza. A continuación, dejó la pistola en el suelo e hizo rodar los cadáveres de los trabajadores hasta dejarlos alineados en paralelo con los tablones.

Llevaban una hora y treinta y tres minutos en la carretera. Despacio durante un rato, por trazado urbano; aceleración y velocidad constante luego. Puede que hubieran recorrido unos setenta y cinco kilómetros. Ahora bien, en la ruidosa penumbra de la furgoneta, Reacher no tenía ni idea de qué dirección habían tomado.

Estaba esposado a la mujer de la pierna mala. En los primeros minutos de su relación forzosa habían resuelto cómo colocarse para estar lo más cómodos posible, que no era mucho. Se habían movido de lado, como cangrejos, hasta quedar sentados de espaldas a uno de los laterales del vehículo, con las piernas estiradas, apoyados en la gran caja de la rueda derecha, contra el sentido de la marcha. La mujer estaba apoyada contra la parte trasera de la caja y Reacher, contra la delantera. Tenían las muñecas, las esposadas, sobre la caja, como si fueran novios pasando el rato en una cafetería.

Al principio no habían hablado. Habían permanecido en silencio, anonadados. El problema más inmediato era el calor. Era el mediodía del último día de junio en el Medio Oeste. Estaban encerrados en un espacio metálico. No había ventilación. Reacher supuso que el aire producido

por la velocidad tenía que estar enfriando el exterior de la furgoneta hasta cierto punto, pero no era suficiente.

Había permanecido sentado, a oscuras, sin más, pensando y planeando, que era para lo que le habían entrenado. Estar calmado, estar relajado, estar listo, no malgastar energía en especulaciones inútiles. Evaluar y valorar. Los tres secuestradores habían mostrado cierto grado de eficiencia. Ni mucho talento, ni mucha delicadeza, pero no habían cometido errores significativos. El tipo nervioso de la segunda Glock era el componente más débil del equipo, pero el cabecilla había cubierto muy bien sus deficiencias. Un trío eficaz. En absoluto se trataba del peor que había visto. En aquel momento no estaba preocupado. Había estado en peores situaciones y había sobrevivido. Mucho peores, y más de una vez. Así que no iba a preocuparse todavía.

Fue entonces cuando se dio cuenta de una cosa. Se dio cuenta de que la mujer tampoco había empezado a preocuparse todavía. Ella también estaba tranquila. Sentada, balanceándose, esposada a él, pensando y planeando, que quizá fuera también como la habían entrenado a ella. La miró en la penumbra y resultó que ella también estaba mirándolo. Lo observaba con curiosidad, tranquila, sin perder el control, con un ligero aire de superioridad, con un ligero aire de desaprobación. La confianza de la juventud. Se miraron a los ojos. Y así estuvieron un buen rato. Luego, ella levantó la mano derecha, la que tenía esposada, lo que tiró de la muñeca

izquierda de él. Fue un gesto de ánimo. Reacher giró la mano y estrechó la de ella, tras lo que se dedicaron una sonrisa breve e irónica, una formalidad mutua.

—Holly Johnson.

La mujer lo evaluaba con cuidado. Era evidente que sus ojos iban de un lado al otro de su cara. Luego, pasaron a su ropa, para volver de nuevo a su cara. Volvió a sonreír, brevemente, como si hubiera decidido que se merecía cierta cortesía.

—Me alegro de conocerlo —siguió.

Él le devolvió la mirada. Estudió su rostro. Era una mujer muy atractiva. De unos veintiséis o veintisiete años. Miró su ropa. Le vino a la cabeza la letra de una vieja canción: «Ropa de cien dólares que aún no he pagado». Esperó a ver si recordaba más parte de la letra, pero no fue el caso, así que le devolvió la sonrisa y asintió.

—Jack Reacher. El placer es mío, Holly, créame.

Era difícil hablar, porque la furgoneta hacía muchísimo ruido. El estrépito del motor se peleaba con el rugido de la carretera. Él hubiera preferido permanecer callado, al menos un rato más, pero ella no.

—Tengo que deshacerme de usted —le dijo.

Una mujer segura de sí misma, capaz de controlar la situación. Él no respondió. La miró y volvió a apartar la vista. La siguiente frase de la canción era: «Mujer de sangre muy fría». Una caída agonizante, un verso triste y emotivo. Una canción del viejo Memphis Slim. Pero aquel verso no le pegaba. No le pegaba lo más mínimo. Aquella

no era, en absoluto, una mujer de sangre fría. La miró de nuevo y se encogió de hombros. Ella no dejaba de observarlo. El silencio de él la impacientaba.

—¿Entiende lo que está pasando? —preguntó ella.

Él la miró a la cara. La miró a los ojos. Ella lo estaba mirando también a los ojos. Estaba estupefacta. Pensaba que estaba atrapada con un idiota. Pensaba que Reacher no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

—Está clarísimo, ¿no? —respondió él—. Por las pruebas que tenemos.

—¿Qué pruebas? Ha sucedido todo en cuestión de segundos.

—Así es. Esa es la única prueba que necesito. Con eso lo sé, más o menos, todo.

Se quedó callado y siguió descansando. La siguiente oportunidad para escapar sería la próxima vez que la furgoneta parara. Podían faltar horas. Tenía la sensación de que podía ser incluso un día entero. Le parecía que lo mejor era reservar sus fuerzas.

—¿Y qué es lo que sabe? —quiso saber la mujer.

Lo miraba fijamente a los ojos.

—Que la han secuestrado a usted. Yo estoy aquí por accidente.

No dejaba de observarlo. Seguía tranquila. Seguía pensando. Pero aún se temía que estuviera esposada a un idiota.

—Está muy claro, ¿no le parece? —insistió Reacher—. No es a mí a quien estaban buscando.

Ella no respondió, pero arqueó una de sus bonitas cejas.

—Nadie sabía que yo iba a estar allí. Ni siquiera yo sabía que iba a estar allí. Hasta que he llegado. Ha sido una operación bien planeada. Han debido de necesitar tiempo para ponerla en práctica. Han debido de estudiarlo, ¿no le parece? Tres tipos, uno en el coche, dos en la calle. El coche estaba aparcado en el sitio adecuado. No tenían ni idea de dónde iba a estar yo. Ahora bien, es evidente que tenían muy claro dónde iba a estar usted. Así que deje de mirarme como si fuera imbécil. Es usted la que ha cometido el grave error.

—¿Error?

—Tiene unos hábitos muy regulares. Han estudiado sus movimientos. Puede que durante dos o tres semanas. Se ha tirado usted en sus brazos. No esperaban encontrarse con nadie más. Eso está claro, ¿no? Solo han traído un par de esposas.

Levantó el brazo —lo que levantó también el de ella— para subrayar el hecho. La mujer se quedó callada un buen rato. La opinión que se había formado de él estaba cambiando. Reacher se balanceó por el movimiento del vehículo. Sonrió.

—Y debería haber estado usted más atenta. Es usted agente del gobierno, ¿no? De la DEA, la CIA, el FBI o algo así, puede que detective de la policía de Chicago. Nueva en el cargo, pero muy implicada. Y gana bastante pasta. Así que, o alguien pretende pedir un rescate por usted o, por mucho que sea nueva, se ha convertido en un problema

para alguien. En cualquiera de los dos casos, debería haber sido más precavida.

Ella seguía observándolo. Asintió en la penumbra, con los ojos como platos. Impresionada.

—¿Pruebas? —preguntó ella.

Volvió a dedicarle una sonrisa a la mujer.

—Un par de detalles. La ropa de la tintorería. Yo diría que, todos los lunes, en el descanso de la comida, lleva la ropa sucia a la tintorería y recoge la limpia, que es la de la semana siguiente. Eso quiere decir que debe de tener usted como unas quince o veinte mudas. Visto lo que lleva puesto, no compra usted ropa barata. Digamos que se gasta unos cuatrocientos pavos por pieza, así que tiene un armario con prendas por un valor de unos ocho mil dólares. Yo a eso lo llamaría ser «moderadamente rica» y demasiado regular en los hábitos.

La mujer asintió despacio.

—Vale, pero ¿por qué soy agente del gobierno?

—Eso es fácil. Le han apuntado con una Glock 17, la han metido por la fuerza en un coche, después, en una furgoneta, luego la han esposado a un extraño y no tiene ni idea ni de adónde la llevan ni por qué. Una persona normal se habría venido abajo hace un buen rato, se habría puesto a gritar. Pero usted no. Usted está ahí sentada, bastante tranquila, lo que sugiere que tiene cierto entrenamiento, puede que cierta familiaridad con situaciones incómodas y peligrosas. Y puede que esté segura de que un montón de gente va a ponerse a buscarla de un momento a otro.

Se quedó callado, pero la mujer asintió para que continuara.

—Además, llevaba un revólver en el bolso. Algo que pesa bastante. Puede que un 38 de cañón largo. De haberse tratado de un arma personal, una persona que viste como usted habría elegido algo refinado, como una 22, una pistola de cañón corto. Pero, no, era un revólver grande, así que se lo han asignado. Por lo tanto, es usted una agente de algún tipo, puede que poli.

La mujer volvió a asentir, despacio.

—¿Por qué soy nueva en el cargo?

—Por la edad. ¿Cuántos años tiene?, ¿veintiséis?

—Veintisiete.

—Es usted joven para ser detective. Universidad, unos pocos años de uniforme, ¿no? También es joven para ser del FBI, la DEA o la CIA. Así que, sea de lo que sea, es usted nueva.

La mujer se encogió de hombros.

—Vale. ¿Por qué estoy implicada?

Reacher levantó la mano izquierda, lo que hizo que la cadena de las esposas traqueteara, y señaló la pierna mala de la mujer.

—Por su lesión. Ya está trabajando, antes de haberse recuperado del todo del accidente que haya sufrido. Todavía lleva la muleta. La mayoría de las personas en su situación se quedarían en casa, cobrando la baja por enfermedad.

La mujer sonrió.

—Podría ser discapacitada. Podría haber nacido así.

Reacher negó con la cabeza.

—Es una muleta de hospital. Se la han dejado, por poco tiempo, hasta que se recupere. Si fuera algo permanente, se habría comprado usted su propia muleta. De hecho, es posible que se hubiera comprado una decena, todas distintas para ir a juego con sus vestidos caros.

La mujer se rio. Era un sonido agradable que se elevó por encima del estrépito del motor y el rugido de la carretera.

—Muy bien, Jack Reacher. Soy agente del FBI. Desde el otoño pasado. Me desgarré el ligamento cruzado jugando al fútbol.

—¿Juega al fútbol? Me alegro por usted, Holly Johnson. ¿Y qué tipo de agente del FBI es desde el otoño pasado?

Se quedó callada un instante.

—Una agente, sin más. Una de los muchos que hay en la oficina de Chicago.

Reacher negó con la cabeza.

—No, usted no es una agente más. Es una agente que le está haciendo algo a alguien. Un alguien que podría haber decidido tomar represalias. Así que, ¿a quién le está haciendo algo?

Esta vez fue ella quien negó con la cabeza.

—De eso no puedo hablar. No, al menos, con civiles.

Reacher asintió. Le parecía bien.

—Vale.

—Todos los agentes hacemos enemigos.

—Claro.